

mundos con un varón agraciado de Jehová, al punto que lo era Moisés. ¿Se oía tocar á fuego? Pues se acudia al varón, oraba éste, y punto concluido.

Apagado el incendio, la chusma israelita tiene un antojo naturalísimo: comer carne. Hartos de maná, que en este capítulo sabe á aceite nuevo, mientras que en otro capítulo anterior sabía á miel sobre hojuelas, sabores que me parecen muy distintos, los desdichados hebreos se acordaban de los puerros, ajos, cebollas y melones que comían en Egipto, y se les hacía la boca agua con este recuerdo. ¡Una panzada de ajos, puerros y cebollas, ó la muerte! Tal vino á ser el grito de una especie de sorda conjuración incipiente que sorprendió Moisés al ver á todos sus compatriotas llorosos á las puertas de las tiendas.

Amoscado Moisés con Jehová, se encara con este irritable monarca de cielos y tierra, y le endereza la siguiente catilinaria:

—«¿Por qué has hecho mal á tu siervo? ¿Y por qué no he hallado gracia á tus ojos, que has puesto la carga de este gran pueblo sobre mí? ¿Concebi yo á todo este pueblo? ¿Engendrélo yo, para que me digas: llévalo en tu seno, como lleva la que cría al que mama, á la tierra de la cual juraste á sus padres? ¿De dónde tengo yo carne para dar á todo este pueblo? Porque lloran á mí diciendo: danos carne que comamos. No puedo yo soportar á todo este pueblo, que me es pesado en demasia... ruégote que me des muerte...»

Es de observar que siempre que se amoscaba Moisés y amenazaba á Jehová con echarlo todo á rodar, Jehová se amansaba, accedía á los deseos de su profeta, y se portaba como persona juiciosa, á reserva de hacer la suya en cuanto á Moisés se le pasase el amoscamiento y las ganas de morir: en lo que el Dios de Israel se parece como un huevo á otro huevo á cualquiera de tantos reyes ó reyezuelos como, por su buena ó mala

fortuna, han caído bajo la férula de un favorito de agallas.

Y responde á la catilinaria de su profeta de esta manera: ¿Quieren carne? Carne tendrán no un día, ni dos ni diez, sino un mes entero, *hasta que se les salga por las narices*; modismo más propio de una verdulera moderna que de un Dios tan antiguo como Jehová. ¿Quieres quien te ayude? Yo haré setenta jueces, para lo cual cojeré de tu *espíritu* y pondré en ellos.

Y, en efecto, Jehová que tenía muy poca inventiva, repite el milagro de las codornices, que un viento que manda arroja sobre el campo, con las mismísimas circunstancias de poco antes de regalarles el maná. Empero, las que ahora cayeron merecen detenerse un poco á contarlas.

En efecto, como Moisés hubiese dudado de que su Dios Jehová le pudiera dar carne para un pueblo de 600.000 guerreros, Jehová, un tantico picado por la duda, le había dicho: «¿Háase acordado la mano de Jehová? Ahora verás si te sucede mi dicho ó no.» Y cuando llega el momento oportuno de lucirse, dice: ¡*allá vá!* y arroja la siguiente friolera de codornices:

«Y salió un viento de Jehová, y trajo codornices de la mar, y dejolas sobre el real un día de camino de la una parte, y otro día de camino de la otra, en derredor del campo, y casi dos codos sobre la haz de la tierra.»

Un día de camino (quiero quedarme corto, y suponer que el real es un punto) le calculo en 30 kilómetros; y el casi *dos codos* en 70 centímetros. Este espacio cilindrico es un volumen de 1.978 millones de metros cúbicos, y poniendo á 1.000 codornices por metro, para que estén anchitas y sin estropearse las plumas, una por decímetro cúbico, resulta que cayeron cerca de *dos billones* de codornices, que es la mayor barbaridad de codornices de que se ha oído hablar en este globo terráqueo; que si esto pudiera tomarse por otra

cosa que por una de tantas hipéboles á lo Manolito Gázquez como contiene la *Biblia*, debiera apellidarse también codornicesco (1).

Llorando por puerros, ajos y cebollas, los israelitas que ven caer tantas codornices, se apresuran á comerlas con diente voraz; pero aquí de la mala fe, ó mala voluntad de Jehová, ó como quiera llamarse lo siguiente:

«Aún estaba la carne entre los dientes de ellos, antes que fuese mascada, cuando *el furor* de Jehová se encendió en el pueblo, é *hirió* Jehová el pueblo con una muy grande plaga. Y llamó el nombre de aquel lugar Kibroth-hattaavah, por cuanto allí sepultaron al pueblo codicioso.»

Si esta lectura no convence de que Jehová es un Dios inventado, y al cual se le han prestado todos los defectos de los hombres, juntos con la exageración andaluza, pero sin la gracia admirable de que ésta suele estar impregnada, no sé lo que puede en esta tierra de garbanzos producir convencimiento.

* *

Vamos ahora á la jugarreta que intentaron hacerle á Moisés sus propios hermanos.

El gran profeta ejercía, como primer ministro de Jehová, un poder absoluto, ni discutible por venir de Dios, ni discutido por la superioridad manifiesta del que lo ejercía. Por mucho tiempo el pueblo, si había murmurado ó se había desmandado alguna vez, había vuelto *in continentí* á la obediencia, mediante un par de milagritos ó una degollina hábilmente ejecutada. Según iba envejeciendo Moisés, es de suponer que irían menguando su actividad y su bríos. Y llega un día en que el profeta, el legislador, el caudillo se ve amenazado.

(1) Se necesitarían, para contarlas una sola persona, la friolera de *veintiun mil años*, contando 180 por minuto.

¿Por quién? Aunque sagrada esta historia, suceden en ella las cosas que son racionales del propio modo que en la historia profana. Moisés se ve amenazado de suplantación por los mismos á quienes había colmado de beneficios y puesto en autos de sus trapicheos con Jehová. Aaron, su hermano, aquel *vocero* de que se había servido por no ser él mismo hombre de palabra, elevándole después al pontificado máximo; María, su hermana, la panderetera que le hizo popular entre las mujeres, se conciertan, y, disgustados de que Moisés hubiese casado con una etiopisa, levantan estandarte de insurrección, diciendo *que también por ellos había habido Jehová*.

Esto me demuestra que Moisés debía ser hombre de pelo en pecho y alegrón, cuando á sus años se atreve nada menos que con una etiopisa, ardiente como el fuego, aunque no sea más que por razón de nacimiento, y que además había, sin duda, andado poco cauto en sus coloquios con Jehová, cuando sus hermanos pretenden saber tanto como él en el negocio.

La insurrección, por fortuna, no tuvo consecuencias serias. Moisés, que, dice la *Biblia*, *era más manso que todos los hombres de la tierra*, se encierra con Aaron, María y Jehová en el Tabernáculo, y hace que Dios dirima la contienda, dándoles á todos una lección de Teología, tras la cual se va dejando á María leprosa. Asístanse los conspiradores, se humillan á su hermano, María sale del real á rascarse y curarse, espera el pueblo la limpieza de esta señora, y luego prosigue su interminable caminata, que todavía da lugar á muchos cuentos y anotaciones.

Rascado que hubo María su sarna siete días, movimieron el campo los israelitas, viniendo á acampar, tras la jornada, en el *desierto* de Parán. Subrayo lo de desierto, porque conviene no-

tar que la palabra desierto en la *Biblia*, tan pronto significa yermo como despoblado. Acampados en Paran, después de tanta tontería, hacen algo práctico y conveniente, comenzando en este capítulo XIII lo verosímil y probablemente histórico á descargar el ánimo de tanta fábula insoportablemente teológica como hasta aquí ha venido contando el *Pentateuco*.

Por orden de Jehová, como no podía menos, dado el estilo, Moisés elige doce hombres, uno por tribu, y los envía á reconocer y explorar la tierra de Canaan, sobre la cual pretendía caer en son de conquista, para raer sus habitantes *por orden de Dios*, y colocar en ella á sus israelitas sin casa ni hogar, por orden también de Dios, que es un comodín en todos estos negocios de guerra y desolación, el cual, como los ases de bastos y de espadas en el juego del tresillo, hace á todos los palos.

Vanse los exploradores, y después de andar cuarenta días (¡pícaro número cuarenta! ¡ya saltó otra vez!) de la Ceca á la Meca, tornan al campamento á dar cuenta de su cometido. Si alguna vez el viejo refrán español, *cada cual dice de la feria como le va en ella*, ha tenido aplicación exacta, es en la ocasión presente. Todos convienen en que la tierra es buena; pero unos, que han visto las cosas con el cristal de aumento del canguelo, dicen que los hombres son gigantes y las ciudades grandes y fuertes, siendo vano, por consiguiente, intentar la conquista. Otros, Josué y Caleb, de esforzado corazón, acallan la chillería que arma el pueblo al oír que la tierra está poblada de hombres tan grandes, que ellos á su lado no pasaban de langostas, y mantienen con arrojo la urgencia de lanzarse inmediatamente á los combates. Es en vano: el miedo se impone: todo el mundo alborota, pretendiendo huir; se arma el gran lío contra Moisés, á quien acusan de miserable engañador. Moisés, viendo irri-

tado á Jehová, le ruega que no le deje en ridículo con los egipcios: Jehová se enfurece y se calma; el pueblo tornadizo quiere al fin ir á la pelea; Moisés es ahora el que no quiere, el pueblo insiste; le pegan los amalecitas y cananeos la gran paliza; y... lo de siempre... Jehová hiera á los israelitas y los condena á todos los de veinte años arriba á morir en el desierto sin entrar en Canaan, excepto á Josué y Caleb, los valientes exploradores que propusieron la inmediata conquista.

¡Vaya una historia sandungueramente contada, con acompañamiento de payaso! El payaso es Jehová, *va sans dire*.

*
* *

Dícese del que va de mal en peor, que sale de Málaga para entrar en Malagón. Otro tanto puede decirse del misero lector de la *Santa Biblia*. Salimos de una mala historieta y entramos en una malditísima legislación, en que se determinan los pecados particulares ó públicos que debían redimirse con ofrendas, consistentes en novillos ó cabras, que me parece representan en el *Pentateuco* el mismo papel que las bulas en el derecho canónico. ¿Pecaste en tal ó cual cosa? Paga tantas ó cuantas pesetas... y *laus Deo*.

*
* *

Capítulo XV, versículos XXXII, XXXIII, XXXIV, XXXV y XXXVI: «Y estando los hijos de Israel en el desierto, hallaron un hombre que recogía leña en día de sábado. Y los que le hallaron recogiendo leña, trajéronle á Moisés y Aaron, y á toda la congregación; y pusieronlo en la cárcel, porque *no estaba declarado lo que habian de hacer*. Y Jehová dijo á Moisés:—Irremisiblemente muera aquel hombre; apedréelo con piedras toda la congregación fuera del campo. Entonces le sacó la congregación, y apedreáron-

lo con piedras, y murió, como Jehová mandó á Moisés.»

Ningún tirano de la tierra, ni Calígula el loco, ni Sila el despiadado, ni Torquemada, ni Calvino, ni Marat, han cometido un crimen más atroz, ni más encanallado que el que cometieron Jehová, Moisés y Aaron compinchándose para apedrear á un pobre hombre que recoge leña un sábado. Ni hay canalla igual al que pretende que Dios ha mandado ni podido mandar nunca castigar con la muerte á un hombre por ser hacendoso y prevenido, como el infeliz israelita de esta historietta bíblica. Hasta tal punto indignan este relato y esta ley, que, si fuera posible la encarnación de Jehová, se hiciere hombre y pretendiera inculcar este mandamiento, no habría hombre de bien que no cogiera las piedras, sí, pero para lapidar á tan monstruoso ser.

¿Acaso por contener estas cosas se llama la *Biblia Santa*? ¡Baldon sobre el que lo sostenga!

*
* *

Pero iba tomando en serio lo que sólo es digno de risa. Esto del sábado sólo merece el siguiente comentario ó cuento, que tanto monta.

Allá en siglos pasados, cuando en Sevilla vivían juntos judíos y cristianos, un hebreo platero era muy amigo de un zapatero cristiano. Aunque la religión los separaba, uníalos con fortísimo lazo la pasión á las buenas mozas. Alternaban ambos los favores de una vecina barbiana que lo mismo hacía á pelo que á pluma, quiero decir, á judío que á cristiano; los cuales, aunque poco temerosos de Cristo y de Jehová, éranlo tanto de los puños y las estacas del marido mitnotaurizado tan sin piedad en las dos distintas religiones, que se guardaban lealmente las espaldas.

Sorprendido cierto sábado el cristiano, hubo

de huir en ropas mínimas, porque decir menores fuera impropio decir del que se hallaba en pelota, llevándole su mala fortuna al alero de un tejadillo, desde donde, en lastimosas y recatadas voces, pidió repetidamente al judío que le trajera una escalera, porque, tirándose, irremisiblemente haríase tortilla. Iba el judío á complacerle, cuando recordó que era sábado, y le dijo:—Perdona, compañero; me es imposible servirte; hoy es sábado de Jehová, y me está absolutamente prohibido el trabajo por mi Dios. ¡Figúrese cualquiera la cara que pondría el cristiano á estas razones, y más haciendo frío y sobreviniendo el marido con la estaca! Arrojóse á muerte ó á vida del tejadillo, y á gran fortuna tuvo no salir más que cojo del maldito atasco en que le habían metido la buena moza y el sábado de Jehová.

El cojo recién encojado debía ser un librepensador en canuto, por cuanto nada dijo al judío sobre la perrada sabática; mas no por eso dejó de guardar allá en el fondo su rescoldillo contra el judío y contra Jehová. Pasado tiempo, pero no el mal vivir de ambos compinches y de la mala casada, tocóle al judío caer en el garlito. Huyendo de la estaca del marido, resbaló y cayó en el pozo que en el centro del patio de la casa había, según usanza andaluza, viniendo á hallarse en la más deplorable situación imaginable para un hombre, cual es la de enrasarle la boca el agua. Y allí fué el lamentarse y vocear al cristiano, pidiéndole por Cristo y por su San Pedro que fuera á buscar una sogá para sacarle del pozo. Nuestro cristiano andaluz acercóse renqueando á la boca del pozo, y mirando atentamente á su compañero que se rebullía en el fondo para no ahogarse, le dijo con sorna:—Dispense, compadre, hoy es martes, el sábado de mi religión, y no puedo trabajar: ¡con que arremojarse!

Tras la barbarie de matar al que trabajase en sábado, basada en la anti-científica creación

del mundo en seis días y el descanso divino en el séptimo, ordena Moisés á su pueblo, siempre como porta-voz de Jehová, que en *cada pezuelo de los vestidos se pongan un cordón cárdeno*, para que de este modo, cada vez que tocasen el cordón, se acordaran de su Dios y de sus divinas ordenanzas. Este mandato divino me parece muy bien, pues indica que Jehová conocía perfectamente á su pueblo, muy parecido en lo olvidadizo á cierto amigo mío, que fiando muy poco en su memoria, á cada cosa que le encagaban se hacía un nudo en el pañuelo, con que llegaba á casa todas las noches con el moquero hecho un rebuño de nudos, que deshacía lentamente, recordando lo que cada uno significaba y jurándose no olvidarlo al levantarse, en que, al salir de casa y mirar el pañuelo, no viendo en él ningún nudo, se iba tranquilo, olvidado ya de haberlos desatado.

*
* *

Hasta en nuestros días se cantan salmos que recuerdan con horror la sedición de Coré, Datan y Abiran, asustando á los fieles con el tremendo castigo que sufrieron estos caballeros por su inaudita maldad. Veamos esta historia. Dice así en extracto, porque el estilo bíblico es algo indigesto para abusar de él.

Coré, Datan, Abiran y Hon se alzaron con doscientos cincuenta príncipes de Israel contra Moisés, pretendiendo que, siendo santa toda la congregación israelita, con toda ella estaba Jehová, y en consecuencia, era una usurpación la autoridad que á nombre de Jehová, con exclusión del pueblo, Moisés y Aaron ejercían. En toda la Biblia he visto un razonamiento más lógico que este razonamiento teológico-democrático de Coré y sus compañeros, en que se inspiró después por muchos años la constitución del pueblo

hebreo, únicamente por este principio democrático digna de ser tenida en cuenta y estudiada.

A Moisés debió parecerle execrable, sin embargo, esta doctrina, y acoge con despego la representación, pretendiendo después venir á parlamento con los sublevados, que, llamados, no quieren ir á presencia del caudillo, á quien encierran en el tabernáculo, donde lo hubiese pasado mal sin la gloria de Jehová que aparece, y sin Jehová mismo, que después de mandar apartar al voluble pueblo de los doscientos cincuenta príncipes y sus familias, hace que se abra la tierra y se trague vivos á aquellos impíos demócratas teológicos con toda su prole, dándolos sin duda por festín al infierno, si es que este respetabilísimo lugar de eterno tormento existía en aquel tiempo; hondura de interpretación en que no seré yo quien se meta, teniendo tantos sabios doctores la Santa Madre Iglesia, que sabrán responder al meticuloso lector de estas *Notas*, que hubiera curiosidad de saberlo.

En estos pobres Datan y Abiran, sobre quienes tantas maldiciones han llovido en muchos siglos, no acierto yo á ver sino unos Gracos judíos, como los Gracos romanos sacrificados á una oligarquía poderosa, con circunstancias chuscas como la de abrirse la tierra, la de arder los incensarios consumiéndose á los que los ofrecían, etc., que demuestran la gran recámara de Moisés, y su energía y falta de piedad en el castigo.

Con estas y otras degollinas, el poder de Moisés y del gran sacerdote Aaron se va haciendo cada día más fuerte y respetado, que era una gran necesidad para un pueblo que había de ser lanzado á una conquista terrible. A esta necesidad todos los pueblos del mundo han sacrificado hombres y principios inoportunos, como lo eran en el desierto Coré y su democracia teológica. No por malos, sino por vencidos, se los maldice.

Vinieron los sarracenos,
Y nos molieron á palos;
Que Dios protege á los malos
Cuando son más que los buenos.

* *

A la muerte de Coré, Datan y Abiran sucede otro acontecimiento obscuro. El pueblo murmura de nuevo contra Moisés al día siguiente, y hay otra degollina de catorce mil y setecientas personas; por de contado, por orden y con intervención de Jehová, que parece á Saturno comiéndose á sus propios hijos. Creo, sin embargo, que debemos poner en cuarentena acontecimientos tan ridiculamente contados, en que lo natural y lo sobrenatural van alternando por versículos como alternan por escenas en las comedias de magia en que Mariano Fernández dejaba bobos, con sus trajes de fantasía, á todos los muchachos de Madrid los domingos de invierno por la tarde.

* *

¡Y es claro! Vencida la insurrección, el sacerdocio perpetuo y exclusivo de Aaron es confirmado con un milagrito, que después se repite varias veces en la Biblia, pero que como ahora es original, voy á contar.

Se cogén doce varas, una por tribu, y por la tribu de Levi la de Aaron. No se dicen si estas varas eran de fresno ó de alcornoque, pero sí que Moisés las colocó delante de Jehová en el Tabernáculo del Testimonio. Al día siguiente Moisés saca del altar la varas. Y el pueblo se da por convencido, después de la paliza dada á los insurrectos, de que Aaron debe ser el gran sacerdote perpetuamente, porque la vara de éste *había brotado hojas, flores, y almendras*. ¡Almendras y todo!

Daría cualquier cosa por esta vara, con las

almendras por supuesto, para tener el placer de enviársela de regalo á S. S. León XIII, pontífice máximo, para que con ella zurrara la badana á cierto secretario íntimo que, no há muchos meses, le ha dejado plantado, haciéndose protestante.

* *

Del capítulo XVIII nada puedo decir que no sea una constante alabanza de sus versículos, en que Jehová y Moisés aseguran la pitanza á los levitas, para quienes Canaan era Jauja, pues comían, bebían y no trabajaban. ¡Así se deben hacer las cosas para que se pueda decir que están bien hechas!

* *

Receta para hacer el agua bendita de los hebreos, dictada por Jehová, médico, á Moisés, y confeccionada en la farmacia sacerdotal de Eleazar. (Del capítulo XIX.)

Se coge una vaca roja. Se degüella. Unta en su sangre el dedo el sacerdote y rocia con ella siete veces el altar. Luego se quema la vaca, *con cuernos y estiércol*. Después se añade al fuego *palo de cedro, é hisopo, y escarlata*, á voluntad, pues no se fija la dosis. El todo, reducido á ceniza, se guarda.

Cuando una cosa ó persona era inmunda, se echaba la ceniza de ésta en un vaso, se vertía sobre ella *agua viva*, se mojaba en esta quisicosa un hisopo, y se rociaba la cosa ó persona, que de inmunda se tornaba limpia.

¡Que t..... a..... l..... tal!

Si leyendo esto no convenimos, con el marqués de Valdegamas, en que la Biblia es el compendio de la eterna sabiduría, y que lo explica todo, desde la Creación del mundo en el Génesis, hasta su consumación en el Apocalipsis, habremos de convenir en que somos tontos de remate. El *¡Eureka!* de Arquímedes; el *e pur se muove!* de

Galileo, ¿podrán jamás contener la ciencia y el arte que contienen este pasaje de la vaca roja y aquel otro del macho cabrío que se enviaba á Azael al desierto? ¿Han perdonado jamás los pecados de todo un pueblo las poesías de Byron, como los perdonaba el macho cabrío, graciosamente trotando hacia el desierto? ¿Han hecho á alguien limpio las esculturas de Fidias, como le hacían las cenizas de esta vaca roja mezcladas con agua viva y esparcidas con un hisopo?

El capítulo XX de los Números comienza con la muerte de María y acaba con la de Aaron. María, hermana de Moisés, sólo es nombrada en el Pentateuco como excelente panderetera y malísima conspiradora, pues conspirar contra uno de sus hermanos en unión del otro, que es su supremo mérito, le valió un sarnazo. Muere como un cualquiera en Cádiés; sin que sepamos de esta distinguida dama si fué casada ó vivió en constante soltería, olvido lamentable del autor del Pentateuco, que, ó no debió nombrarla, ó decirnos, tratándose de una mujer, cosa que tanto á la biografía de esta importa.

La muerte de Aaron reviste caracteres propios de su alta dignidad de gran sacerdote. Jehová se la anuncia á Moisés y le manda que suba con el moribundo y su sobrino Eleazar, hijo de Aaron, á la cima del monte Hor, viaje un poco cansado para unos viejos. Hácenlo así, y solos los tres, Moisés quita las vestiduras de gran sacerdote á Aaron y se las pone al hijo de éste, Eleazar. Aaron, hecho esto, se muere en la cumbre del monte, y el pueblo le hace duelo por treinta días.

* *

En este mismo capítulo se cuenta la murmuración, número no sé cuántos, del pueblo contra Moisés y un milagro de éste, de igual naturaleza y con las mismas circunstancias que

tro ya contado, en que, herida una peña por la vara de Moisés, brota agua en que sacian su sed el pueblo y las bestias.

* *

La primera acometida contra los Cananeos vimos ya que les salió mal á los israelitas, haciéndoles variar de rumbo. Ahora bien; establecidos en Cádiés, tratan de engatusar á los hijos de Edom, ó sean los idumeos, para que les dejen pasar por su país en són de paz. Van y vienen embajadas de Moisés al rey de Edom, rogando el primero el paso por el camino real, prometiendo pagar cuanto tomen, no echar á perder las sementeras, y ni siquiera beber el agua de los pozos. Edom dice que nones; y amostazado con nuevas insistencias, sale armado y con *mano fuerte*. Los israelitas dan doble derecha.

* *

Capítulo XXI. Paliza de los cananeos á los israelitas. Voto de éstos á Jehová, que Jehová escucha propicio, de que si se vuelven las tornas, destruirá las ciudades cananeas. Vuelta de las tornas, es decir, paliza de los israelitas á los cananeos.

Desde Hor vuelven al mar Rojo para evitar á los idumeos, y en el camino, vuelta á la eterna cantinela de murmurar contra Moisés, y castigo consiguiente, que ahora es sumamente curioso.

«Y Jehová envió entre el pueblo serpientes ardientes que mordían al pueblo; y murió mucho pueblo de Israel...» Para que cesara la mortandad... «Jehová dijo á Moisés: hazte una serpiente ardiente, y ponla sobre la bandera; y será, que cualquiera que fuese mordido, y mirare á ella, vivirá...» Parece que el refran castellano que enseña que Dios que da la llaga da la medicina, debe tener origen en algo parecido á

esto. Jehová, que lanza las serpientes *ardientes*, especie que desconozco por completo, para que piquen y maten, llaga terrible, da también el sencillísimo remedio de mirar la serpiente, medicina tan sencilla como barata para todo el que no fuera ciego ó corto de vista.

De lo demás que contiene este capítulo, sólo interesa esta frase del versículo XXVII: *por esto dicen los proverbistas*. Sea la que quiera una cosa, para pasar á proverbio, ha de ser dicha por mucho tiempo por todo un pueblo.

Y fuera muy chocante que Moisés, que cuenta en este libro la hazaña proverbial, supiera que lo es, si no supiéramos al mismo tiempo que, como autor inspirado del Espíritu Santo, podía escribir esto, como después escribe su muerte con todo detalle.

*
* *

Héme de ocupar ahora de tres capítulos en que se cuenta la mayor maravilla que ha tenido lugar en nuestro planeta; que yo no sé qué á la de hablar una borrica, maravilla alguna pueda compararse.

Fué el caso que en Pethor, ciudad moabita, había un adivino llamado Balaam, que se ganaba la vida echando maldiciones y bendiciones, como era usanza en los adivinos de aquella época en aquella tierra maldita entregada á las más vil idolatría. Llegados los irrealistas en són de guerra á las fronteras de Moab, el rey de este país, llamado Balac, lleno de miedo, mandó embajadores á Balaam para que fuese á la corte á echar la correspondiente maldición á los israelitas amenazadores. Recibió galantemente Balaam á los embajadores de Balac, haciéndoles pasar la noche en su casa. Jehová aquella noche se presenta á Balaam, le pregunta qué gente tiene, le dice Balaam quiénes son y lo que desean, y Jehová le advierte que no maldiga al

pueblo de Israel, que es su pueblo, sino que le bendiga, y que no se vaya con los embajadores.

Hácelo así Balaam; pero Balac, cada vez con más miedo, y cada vez fiando más de la maldición de Balaam, le envía nuevos embajadores para que le persuadan á ir á la corte, donde le colmará de beneficios, á cambio de la consabida maldición. Duermen los nuevos embajadores en casa de Balaam, y por la noche vuelve á presentarse Jehová al adivino para decirle que vaya á la corte, pero que no haga ni diga más que lo que él le ordene.

A la mañana, Balaam monta su borrica y se va con los embajadores de Balac. Dejo la palabra á la *Biblia* para contar lo que sigue:

«Y el furor de Dios se encendió porque él iba »(nótese que iba por orden de Dios): y el ángel »de Jehová (*obsérvese que unas veces dice Dios, »y otras Jehová*) se puso en el camino por AD- »VERSARIO suyo. Iba, pues, él montado en su »asna y llevaba consigo dos mozos suyos. Y el »asna vió el angel de Jehová que estaba en el »camino, con su espada desnuda en su mano; y »apartóse el asna del camino, é iba por el campo. »Entónces hirió Balaam al asna para hacerla »volver al camino. Mas el angel de Jehová (*que »no habian visto tampoco los dos mozos*) se puso »en una senda de viñas, que tenía pared de una »parte y pared de la otra. Y viendo el asna al an- »gel de Jehová, pegóse á la pared, y apretó contra »la pared el pie de Balaam: y él volvió á hierla »(van dos heridas). Y el angel de Jehová pasó »más allá, y púsose en una angostura, donde no »había camino para apartarse á diestra ni á si- »niestra. Y viendo el asna al angel de Jehová, »échose debajo de Balaam: Y enojóse Balaam, é »hirió al asna con el palo.» (Van tres heridas, la última de palo.)

«Entónces Jehová abrió la boca al asna, la »cual dijo á Balaam: ¡QUÉ TE HE HECHO QUE ME

»HAS HERIDO ESTAS TRES VECES? Y Balaam respondió al asna: Porque te has burlado de mí, ¡ójálá tuviera espada en mi mano, que ahora te mataría! Y el asna dijo á Balaam: ¡NO SOY YO »TU ASNA? SOBRE MI HAS CABALGADO DESDE »QUE TÚ ME TIENES HASTA ESTE DIA: ¡HE »ACOSTUMBRADO Á HACERLO ASI CONTIGO? Y »él respondió: No.»

Este diálogo entre Balaam y su borrica me causa el efecto de lo maravilloso, deslumbrándome hasta el punto de imposibilitarme para todo comentario, dejándolos á la discreción del lector piadoso.

INCIDENTE

Quedé en la nota anterior extático, hecho una pieza, archiatónito y pasmado ante la sin par y estupenda maravilla de hablar la borrica que montaba el adivino Balaam. Ante el comedimiento, la cultura y discreción con que aquella pollina moabita interpela á su dueño enfurecido y ciego, me sentí incapaz de comentario alguno: insistir en lo sublime, es echarlo á perder: basta señalarlo á la admiración, para ser admirado, y eso hice yo, dejando al ilustrado lector de estas *Notas* el deleite de abismarse en propias reflexiones sobre este milagro bíblico, como todo lo milagroso inexplicable, y como todo lo bíblico cierto con certidumbre más que matemática, pues las matemáticas pueden errar, y el Espíritu Santo ni puede errar ni erró jamás, como es sabido.

Pero es el caso, lector benévolo, que debo confesarte algo que habrá de chocarte mucho, y es, que cuando yo creía que nada podía pasarme tanto en este mundo como esto de saber á ciencia cierta, quiero decir á ciencia *espiritu santesca* (y pase la palabra), que había hablado una borrica, me equivocaba de medio á medio, por no decir de todo en todo.

—¡Pues qué! dirás acaso, pasmado á tu vez, ¿habrá oído hablar el Sr. Ríofranco á algún borrico?

—No tanto, amigo, no tanto; que estas cosas milagrosas, es decir, imposibles de toda imposibilidad, porque si no fueran imposibles no serían milagrosas, no las hace Jehová todos los días, y sin más ni más, y menos con gente librepensadora como yo, entre la cual, buscar quien, como Balaam, sea tan corto de vista que no conozca á la primera ojeada y á tiro de ballesta un angel de Jehová de los que llevan espada, fuera tanto como buscar en el golfo aquellas cotufas de que nos habla Cervantes.

No, lector; no he oído hablar á ningún borrico de cuatro patas, que de cierto no sería más maravilloso que el hablar de la burra de Balaam, por aquello de la preponderancia del sexo masculino, fundada en la incontrovertible preeminencia que Jehová, poco galante con las damas, le dió al fabricarle primero.

Tal vez haya topado el Sr. Ríofranco (dirá probablemente algún malicioso) con un cura bueno, tolerante, y ingénuo, despreocupado, racionalista y republicano, sin ama en casa ni líos fuera, y ésto le habrá dejado más atónito que la charla de la burra de Balaam.

—Poco á poco, señor mío, replicaré á este malicioso lenguaráz: Ríofranco, ciertamente que no ha visto eso todavía; pero si lo viera, no se pasmaría de ello, porque sabe dos cosas. La primera, que un cura es un hombre, lo cual es una verdad, por más que algunos no lo crean. La segunda, que un latino dijo: *Homo sum, et nihil humanum alienum me puto*, lo cual en romance equivale á que *nada humano es extraño al hombre*, que es otra verdad como una catedral de las más grandes, y más góticas, y más suntuosas; que en esto de catedrales, las góticas, grandes y suntuosas son las que se llevan la palma. De es-

tas dos verdades, Ríofranco hace el siguiente pisto silogístico. Siendo un cura un hombre, y siendo humana la tolerancia, humanos el racionalismo y el republicanismo y hasta el socialismo... luego un cura puede ser tolerante, racionalista y republicano, como, por ejemplo, uno que yo conozco y presiento que va á concluir por colgar los hábitos, casarse con una de aquellas *virgenes* que mandó Jehová tomasen sus sacerdotes, y sentar plaza de voluntario de la República, cuando la haya.

¡Pues diga ya la causa de su pasmo, y no nos salga con alguna patochada! Murmurará de cierto á estas alturas del artículo el sesudo lector que acostumbre á ir al grano en las cuestiones. Y tendrá razón, y no la tendrá, lo cual, á pesar de la contradicción, es cierto; por donde se ve que ya voy contagiándome de las perfecciones de la *Biblia* que comento, en donde lo contradictorio es cierto, como, por ejemplo, aquello de que no habiendo creado Dios más hombres que Adán, de quien salieron Eva y sus hijos, los cuales debían, por ser pocos, y por ser hermanos, conocerse perfectamente, cuando á Cain le maldice y echa noramala, le hace una señal en la frente para que *los otros hombres* le conocieran y no le mataran, como Cain se temía: hombres que si Dios no crió, no sé yo quien criaría, pero de quienes se sabe que tuvieron por hijas arrogantes mozas, por las cuales se despepitaron los hijos de Adán, enviciándose en su trato hasta el punto de que Jehová los ahogó á todos, sin más excepción que el honorable Noé, el primero que se achispó, cosa bien natural en varón que había andado tanto tiempo entre tanta agua.

Viniendo ahora á la contradicción... O viene al pasmo, ó tiro el libro, oigo exclamar á un impaciente al llegar á este punto.

—Un poco de calma, caro lector; dispénsame tanta palabra como he empleado para dilatar

ocuparme de mi pasmo, que ha sido un pasmo de verdad.

Es el caso—no sé bien cómo decirlo—que más admiración todavía que me causó leer lo que habló la burra de Balaam, me ha causado leer lo que escribía...

—¿Quién? oigo gritar á un lector: ¡la burra de Balaam? ¿Está usted loco, Sr. Ríofranco?

Suplico á este lector que me haga el obsequio de no hablar ahora de burros ni burras de ninguna especie, porque de quien tengo que hablar es de una persona que entiende poco de sintáxis castellana, y si por acaso queda algún burro por ahí trasconejado, será posible que se le eche encima como alusión, lo que sería una desgracia, amén de una injusticia; pues un hombre que es doctor se puede asegurar positivamente que no es burro, y mucho menos burra.

Iba diciendo, que más admiración todavía que me causó leer en *Los Números* lo que habló la burra de Balaam, engendró en mi alma la lectura de lo que, al mismo tiempo que yo escribía mis notas sobre el caso (y observe el lector cómo alargo las oraciones para evitar la más ligera alusión), escribía á su vez en Barcelona (no la burra de Balaam, ciertamente, esto es claro) un doctor, no sé en qué facultad, acerca de las mismas. (Este mismas se refiere, naturalmente, á mis notas). (¡Gracias á Dios que lo dije sin tropiezo en ningún enrevesado relativo de esos de dos filos!)

Este doctor, al mismo tiempo que yo escribía sobre la burra de Balaam, escribía acerca de mis *Notas de estudio sobre la Santa Biblia*, para denunciarlas *al pueblo español*, honor grande que yo agradezco á este fiscal endoctorado, por si con su denuncia me hace el favor de que el pueblo, como buen juez á que me someto incondicionalmente, para fallar las lee, que es precisamente lo que yo deseo, y por lo que yo las hago.